

El orden psíquico como problema: la construcción del concepto de una instancia moral y lo social⁸

Álvaro Carrión⁹

... La verdad, como el oro, no es menos por ser nuevamente sacado de la mina; es el ensaye y el examen lo que fija su precio; no el dictado de una vetusta moda cualquiera; y aunque no ostente el cuño del curso corriente, bien puede, pese a todo, ser tan antiguo como la naturaleza misma, y, por cierto, no por eso menos genuino

John Locke

Sinopsis

Este ensayo tiene como fin ubicar una serie de cuestiones relativas al psicoanálisis, que pasan revista de temas metapsicológicos relativos a la conflictiva psíquica en la constitución del Super-yó, como eje de lo psíquico y como aspecto nodal de la subjetividad. A través de ese aspecto articulador se establece un nexo entre lo social y una individualidad habitada por el otro. Otro que no llega a ser una alteridad plena, sino estructurante, en la medida que crea las bases como condiciones de posibilidad de la constitución del orden subjetivo. Los aspectos señalados en el trabajo no alcanzan un pleno desarrollo, sino que se organizan de manera deíctica, señalando las problemáticas de aquello que se vislumbra.

Palabras clave: Psicoanálisis, metapsicología, superyó, subjetividad.

⁸ Fecha de recepción: 5 de diciembre de 2023. Fecha de aprobación: 12 de diciembre de 2023.

⁹ Psicoanalista Titular *Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis*.

I. El problema de lo propiamente psicoanalítico

En la obra de Freud hay una indudable condición de universalidad, que permite leerlo ahora, en este lugar o ámbito, y poder apropiarnos de la vitalidad de lo que él formula. Es también posible afirmar, temiendo caer en la desmesura o en el injustificable panegírico, que es importante volver a los problemas que plantea su pensamiento, ya que es indispensable contar con herramientas críticas para contraponerlas a la complacencia mortífera de las ideologías que medran, con grandes réditos en los mercados, en las formas de vida en donde se exalta la inmediatez en el consumo, en la estulticia tóxica de los paraísos artificiales y en la credulidad integrista de las Iglesias, que niegan los valores vitales y restan potencia al ser humano.

El impacto inicial de las consideraciones freudianas con respecto a lo psíquico y los alcances de descolocar a la conciencia como el lugar de la racionalidad, le lleva a poner en crisis la idea, tan cara al hombre del desarrollo y del positivismo, de ser el dueño de sus determinaciones. Asunto que hace que se llene de reparos a las propuestas del psicoanálisis, como cuestión que se constituye en un escollo emocional para aceptar sus formulaciones¹⁰, ya que deja mal paradas a las ideologías del 'querer es poder', o a las que consideran el progreso como una línea uniforme y continua. En este sentido, ocupan un lugar preponderante las críticas que se hacen a la obra de Freud cuando se sitúa a la noción de sexualidad en el centro de la discusión. Tal expediente es ubicado por el psicoanálisis en un lugar otro que el de una actividad ligada exclusivamente a la cópula y a la sola intervención germinal de los genitales. En el ámbito cultural, según lo que de acuerdo a los usos y costumbres sociales es admitido, en la época de Freud y la que nos es contemporánea, con sus matices y diferencias, la sexualidad queda restringida, como idea y ámbito, al espacio de lo biológico y a la necesidad de domesticarla para alegría de la sana moral y las instituciones que rigen la sociedad y cuidan de las buenas costumbres, disociándola de los altos logros culturales, pensados como la plasmación de los más sublimes productos del espíritu. En otras palabras, la oposición de lo más excelso versus lo más abyecto.

¹⁰ Freud, Sigmund, *Las resistencias contra el psicoanálisis*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, O.C., T. XIX, 1979

Al descentramiento de la conciencia y al lugar que ocupa la sexualidad en la obra de Freud, podemos sumar la idea de síntoma. Éste es entendido como epifenómeno de aquello relativo al modo que adopta el funcionamiento psíquico, en una perspectiva en la que lo sintomático se inscribe como una forma de expresión del sufrimiento, por un lado, y como búsqueda de elaboración y transformación por otro. Los aspectos positivos y negativos del síntoma aparecen valorados de acuerdo a una mirada que se desliga de la manera en la que una visión lineal y simplista sitúa el problema. La cura, en este sentido, no es necesariamente la abolición del síntoma. La misma depende de factores que no se sostienen y se centran en el síntoma propiamente. El síntoma desaparece, por añadidura, cuando ciertos dinamismos dejan de tener efecto y cierta economía psíquica se ve modificada gracias al trabajo del psicoanálisis. Diversas formas de situar lo sintomático, sin embargo, muy a tono con las exigencias y el apremio por las condiciones materiales de un ámbito que exhorta al individuo, negando el lazo subjetivo que le liga a un orden de determinaciones, le lleva a sentirse extraño de sus formaciones sintomáticas, al entender que el síntoma no le concierne, como sujeto, y es ajeno a él. Cuestión que se refleja, en la forma en la que posturas que se legitiman como científicas, consideran al síntoma como un cuerpo extraño, alienado de la historia y de la condición de aquellos que lo padecen. La índole del sujeto que padece, su situación social, su historia, las particularidades de su subjetividad, etc., se disuelven, invocando factores cerebrales y neuro-químicos como condiciones únicas, necesarias y suficientes de la formación de síntomas. Se renuncia así a ubicar el problema de la patología psíquica en su compleja dimensión.

El método psicoanalítico propone una especial aproximación al sufrimiento mediante un método, que permite situar aspectos significativos más allá de las posibilidades de representación del sujeto que habla. Así pone en claro que el sufrimiento subjetivo necesita ser situado desde las coordenadas personales de aquel que manifiesta el dolor, en la búsqueda de un sentido. Recordemos la frase de Nietzsche que, por provenir de quien proviene, adquiere una particular relevancia para entender la dimensión del dolor psíquico y la eficacia que posee, en este sentido, el sufrimiento mental, en una perspectiva que lo sitúa en una dimensión que escapa a la sola aprehensión puramente físico-material:

Por lo que a mi respecta, no tengo ninguna duda de que, en comparación con una única noche de dolor de una mujer histórica culta, la totalidad de los sufrimientos de todos los animales a los que se les han interrogado hasta ahora con el cuchillo, para obtener respuestas científicas, no cuenta sencillamente nada¹¹.

A los tres aspectos mencionados con anterioridad (crítica a la conciencia, forma en la que se sitúa a la sexualidad, idea de síntoma), podemos añadir la idea de la estructuración del psiquismo. Esta faz de la cuestión va a ser la privilegiada en el tratamiento del tema que se ha propuesto como título del presente ensayo.

Las dicotomías externo-interno, subjetividad versus exterioridad, individuo versus sociedad, desde muchas y diversas perspectivas¹², pasan a proponerse como meros enunciados de los lugares señalados, más no como polos en el desenvolvimiento y riqueza en determinaciones de los particulares espacios. Pensado así el problema y optando por la propuesta y visión del psicoanálisis, tenemos la posibilidad de dar contenido a aquellos enunciados: así, el individuo esta habitado por lo social y es sujeto psíquico de forma única, en la medida que incluye en si a una alteridad y la historia de los vínculos desde su más temprana infancia, cercando los límites de su narcisismo, al menos si se piensa en tal noción como una perspectiva que encierra al sujeto en un solipsismo (narcisismo primario), estatuyendo un otro diverso a sí mismo en el centro cardinal de su mismidad (narcisismo secundario). Esto, en la perspectiva que más adelante desarrollaremos, en la que se pone en consideración dos vías en la constitución del ideal del yo-superyó, y en lo que finalmente pertenecerá a la herencia y legado del Complejo de Edipo. Es así que las condiciones en las que se estructura un sujeto y la peculiar forma en la que éste metaboliza sus vicisitudes (historia), se encuentra presente en los aspectos estructurales (Yo, Superyó, Ello), que lo representan e integran su singular individualidad. Ergo, el ser como se es, el haber

¹¹ Nietzsche, Friedrich, *Genealogía de la moral*, Madrid, Ed. Alianza Editorial, 1988, p. 77

¹² En el campo de la neuro-psiquiatría, en el de las psicologías llamadas humanistas, en el conductismo, en las consideraciones de la terapia sistémica, las condiciones externas solo son meras abstracciones de un ámbito que no responde a las modificaciones neuro-químicas, a las exigencias de un determinado aprendizaje, de una búsqueda de realización o auto-realización, de pautas comunicativas más o menos saludables etc. Menos todavía existe una consistente construcción conceptual de cómo el ámbito cultural, social e histórico forma parte de la subjetividad, reproduciendo patrones culturales, ideológicos, sociales y de época.

elegido (pareja, oficio, profesión, un proyecto de vida, etc.), lo que ha elegido, las aspiraciones, deseos y formas de situarse frente a su momento vital, tomando en cuenta que muchas de las determinaciones implícitas en el acto de elegir las desconoce aquel de quien hablamos. Obviamos, entonces, a las obscuras razones en las que se fundan los afanes por proveer de un fundamento biológico a las Ciencias Humanas, haciendo que los sujetos dejen de preguntarse en el por qué de sus acciones, delegando en la entelequia de lo biológico su propio compromiso. El mundo y la apropiación del mismo, refieren a la condición en la que el sujeto psíquico se constituye, decíamos. Hay, en este sentido, una suerte de movimiento inmanente que no responde de forma automática, a cómo se reflejan las pautas de un grupo social y etario sobre el individuo, sino a la compleja urdimbre en el que las pautas, los límites, la cultura, se entrelazan estatuyendo un orden individual que se constituye como resultado de la metabolización de los singulares contenidos, como condición de la forma en la que es prefigurado lo subjetivo. Los alcances de estas ideas son fundamentales cuando la reflexión del psicoanálisis se dirige al síntoma, proponiendo consideraciones que lo alejan de la simplificación unidireccional en la ubicación de la etiología de los diversos malestares que hacen a la patología. Así también las formulaciones relativas a una teoría del psiquismo, proponen una perspectiva metodológica que hace que la propuesta de Freud sea un camino que se dirige a desenmascarar la manera unidimensional desde la que el síntoma es abordado, restándole complejidad. La búsqueda lleva al sujeto, como sujeto del psicoanálisis, a asumir el conflicto, a hacer historia reflejándose en sus actos y arrogándose la potestad de los mismos, lo que impide que quede yugulado en las diversas formas de negación de la mismidad. Lo que no es poco, ya que el conflicto al que hacemos alusión es aquel que posiciona al sujeto frente al límite, en tanto su condición es la finitud. Margen que en materia de conocimiento es fundamental, por otro lado, ya que la ausencia del propio límite en el conocer, promueve apuestas ideológicas que buscan explicarlo todo en base a la hipertrofia simplificadora y la extralimitación (ergo el cientificismo y otros ismos), que todo lo reduce en su afán de abarcarlo todo.

La renuncia a la seguridad contenida en el mito, como explicación que lo abarca todo dando cuenta de lo más complejo, así como de lo más simple, eliminando oposiciones, que se funda en aspectos excéntricos a las posibilidades

del sujeto, no es fácilmente aceptada. En este sentido, el psicoanálisis es visto como una teorización que transgrede un supuesto orden natural. El camino de desarrollo de una consideración como la de Freud, ha exigido un trabajo de construcción de categorías que lleven a pensar en los fenómenos patológicos, así como en los rendimientos psíquicos comunes y corrientes. Cuestión que exige, con mayor precisión, un sistema de conocimientos enlazados, y no meramente un agregado de saberes diversos, dossier que se pasará a explicar.

II. La problemática psíquica

Cuanto más importante es la obra de un pensador, mayor riqueza ofrece lo impensado, es decir, lo que surge por primera vez como algo no pensado todavía y por la sola influencia del conjunto de la obra pensada.

M. Heidegger

El desarrollar un ensayo sobre ciertos aspectos de lo tratado en el texto de *El Yo y el Ello*, trabajo en el que se plasma de forma concisa lo que Freud establece como segunda teoría del psiquismo, exige la presentación de varias consideraciones iniciales.

La primera, es la que tiene que ver con la idea, que se halla contenida en el título de este trabajo: la de construcción. El término hace pensar en un armado y edificación, el mismo que contempla el acoplamiento de diferentes materiales para llegar a un producto terminado. Así pensado el término construcción, supone una metáfora tomada de la arquitectura. Gramaticalmente, según la RAE¹³, construcción es una secuencia de palabras vinculadas gramaticalmente entre sí, que, añadimos, tienen un carácter proposicional. La delimitación de un concepto que es construido, se basa no solo en la perspectiva desde la que miramos una idea y presentamos una noción. En el caso del trabajo al que nos referimos, encontramos la urdimbre de un conjunto de categorías que permiten no solo entender y pensar la psique, sino una serie de enunciados que rompen con una primera consideración de lo psíquico. Es por esto que con fines

¹³ Diccionario de la Lengua Española, Madrid, Ed. Real Academia Española, T. III, Vigésima segunda edición, 2002

explicativos, Freud hace un especial énfasis en la manera en que una nueva categoría explicativa, la de superyó, adquiere carta de naturaleza.

La categoría superyó se construye desde nociones como la de conciencia moral, que haría manifiesta la manera en la que se halla comprometido y afectado el sujeto psíquico en el ámbito cultural en el que está inserto, hasta la explicación metapsicológica que da cuenta del sentido y dirección que adquiere tal categoría (la de superyó), justificando teóricamente la pertinencia de aquella idea. La misma permite, junto a la del Ello y del Yo, delimitar la importancia de un orden psíquico, que dota de coherencia a la explicación que hace el psicoanálisis de los trastornos que aparecen en la clínica, a la vez que le permite operar, en ese mismo campo, para buscar un cambio en la manera de posicionarse del sujeto portador de síntomas frente al mundo y frente a sí mismo.

Cuando se habla de lo teórico, no solo se señala a la metapsicología como forma de explicación que incluye aspectos tópicos, dinámicos y económicos, sino a una formulación lógica de un orden de conocimientos, expresados mediante un acto de enunciación, sobre un dominio de objetos determinado. En este sentido, dejamos de lado cualquier mención a la realidad; a un hecho como la conducta, y nos remitimos a una formulación que como tal, tiene un talante discursivo. Los objetos de los que hablamos, son objetos de conocimiento, nociones construidas desde una determinada posición epistémica. Como tales no poseen una presencia real, en el sentido de algo dado en la naturaleza, ni palpable como materialidad que se aprehende de forma experiencial. Sino que su corporeidad posee un carácter trascendental. Tal cuestión, bien entendida, nos habla de un dispositivo que permite y posibilita el conocimiento.

La posición epistémica a la que aludimos, subyace a la constelación de conocimientos psicoanalíticos que aparecen plasmados en el texto de El Yo y el Ello, exigiendo una continuidad en el nexo de los conceptos, a la vez que una conexión interna de los mismos.

Sin evadir rupturas y discontinuidades presentes en el pasaje de un saber sensible a uno teórico, vemos la permanente marca de la equivocidad y multivocidad de toda organización sistemática de ideas. Esto contempla la necesidad de exigir un principio de razón suficiente que fundamente cualquier

criterio que se sitúe frente a los hechos clínicos y a los procedimientos desplegados por una instrumentación y disposición técnica que tenga una inspiración psicoanalítica.

La segunda, es la que lleva a discernir que el psicoanálisis requiere ser crítico de sí mismo, ya que desde su nacimiento tiene como proyecto el sembrar de problemas toda consideración que busque consolidarse como un discurso único y, como tal, afincado en una idea que se cierra en sí misma escandiendo lo homogéneo y mostrando, si se mira la cuestión desde esta perspectiva, la perplejidad del pensamiento de cara a la necesidad de sostener lo idéntico frente a lo no-idéntico. El poner coto a ideas que buscan parapetarse en certezas absolutas, impulsa una manera de pensar que sitúa las condiciones de posibilidad de un saber, desde la disposición inmanente de la construcción de ese saber. En este sentido, el psicoanálisis, desde la manera misma de reflexionar sobre sus múltiples formas de entender lo psíquico, nos advierte de la complejidad del orden tanto subjetivo como objetivo. Algo de lo antes enunciado lo podremos ver en el desarrollo subsiguiente de este trabajo.

La tercera consideración es aquella que apunta al receptáculo de aquello que aparece desarrollado en el texto de Freud, el lector, que al mismo tiempo se torna en intérprete y hace que el texto cobre vida. El ejercicio de la lectura muestra que un texto (continente), y su contenido, no son idénticos a sí mismos, en la medida que la lectura no deja indemne a quien la ejercita y torna equívoca toda consideración que se supone objetiva, sobre lo que dice de forma indudable un texto. Esto es, tampoco deja ileso al texto. En este sentido, podemos enunciar una forma de considerar la lectura, apelando al problemático ejercicio de aproximación a lo ya pensado, como una actividad de constante reinterpretación del texto en la perspectiva de ir hilvanando las ideas en las estructuras discursivas, a la vez que enfrentando los equívocos en un bregar con el lenguaje. Es un movimiento que apela a la idea de inquietud y vigilia, como efecto que subyace al del asombro, en una labor de desmitificación y desacoplamiento de los montajes discursivos.

El camino por el que se ha optado, decíamos, toma como eje el texto de *El Yo y el Ello*¹⁴, centrándonos en las dos vías posibles de la constitución del superyó.

¹⁴ Freud Sigmund, *El Yo y el Ello*, Bs As, Ed Amorrortu, O.C., T. XIX, 1979.

En tempranas elaboraciones freudianas, como es el caso del artículo sobre *Las Neuropsicosis de defensa* (1894) *2, el problema de la conciencia moral ocupa un lugar de importancia. Consciencia moral y sentimiento de culpa son nociones que aparecen con frecuencia en la obra posterior de Freud, especialmente enlazadas con patologías como la neurosis obsesiva y la melancolía. Por otra parte, tales nociones están supeditadas al concepto de inconsciente, manifestándose aquellas, en los hechos, como sentimiento inconsciente de culpa o como censura interna frente a representaciones indeseables para la conciencia. Sin embargo, tales nociones carecen en su fundamentación de un status metapsicológico y, en esa medida, no poseen una clara delimitación conceptual. Por otra parte, términos como sentimiento inconsciente son de dudosa procedencia, en tanto el carácter de inconsciente no puede ser atributo de un sentimiento, un afecto o una sensación; ya que es inherente a su naturaleza la cualidad de conciencia.

El Superyó, o ideal del yo, es para Freud el heredero del Complejo de Edipo. Éste es el producto de un proceso, en la formulación freudiana, que parte del desvalimiento y dependencia del ser humano durante su prolongada infancia¹⁵ y que comprende la articulación de la sexualidad, el narcisismo y el apoderamiento de un orden que signa desde lo externo, en un primer momento, para pasar a signar desde la interioridad, ordenando la subjetividad y constituyéndola en base a la premisa de la prohibición del incesto.

El impulso de Eros va paulatinamente forzando al aparato psíquico a establecer ligaduras firmes con la realidad, a la vez que la unión constante, en una progresiva articulación de representaciones, converge en la organización del Yo. Este es un momento del proceso de formación del psiquismo, que incluye la negatividad de la pulsión de muerte, entendida como tendencia a la desagregación, a la que el Yo se opone en una búsqueda continua de unicidad; como instancia que consuma Eros en una creciente organización.

El Yo se diferencia del Ello en el camino que lo lleva a la percepción de un mundo exterior (no yo) concomitante a la presencia de un Yo del placer purificado y de un nuevo acto psíquico, producto de la represión primordial, y a instancias de la presencia-ausencia, en la experiencia, de un objeto del que se espera cumpla con la acción específica.

¹⁵ Ibidem, p. 36

Es fácil inteligir que el yo es la parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior, con mediación de P-Cc: por así decir, es una continuación de la diferenciación de superficies. Además, se empeña en hacer valer sobre el ello el influjo del mundo exterior, así como sus propósitos propios; se afana por reemplazar el principio de placer, que rige irrestrictamente en el ello, por el principio de realidad (Freud, 1979a, p.27).

Si ese proceso se halla poco consolidado, podemos suponer en la aproximación a la clínica, la presencia de un psiquismo frágil y con serias dificultades en relación con el mundo y con la interioridad de la experiencia subjetiva. Sin contar con que, el conflicto psíquico va a ser un aspecto estructural en la consideración de Freud, cuando busca dar cuenta de una tópica, una dinámica y una economía psíquica, sea o no generadora de síntomas. Es, en este sentido, que los sueños, actos los fallidos, los lapsus y las formaciones sustitutivas, son el producto de un psiquismo en el que se ponen en movimiento un conjunto de fuerzas que se unen o se contraponen, en búsqueda de una formación de compromiso.

(...) Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones auto-eróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya.

(Freud, 1979c, p. 74)

El yo como unidad, aparece en la elaboración teórica de Freud antes ya de la formulación estructural de la segunda tópica, en un texto fundamental como *Introducción del Narcisismo* (Freud, 1979c).

Si hacemos una genealogía de ese concepto (el Yo), tendríamos que remitirnos a un texto inicial de Freud como: *El proyecto de psicología* (Freud, 1986c), mas, los cambios relativos al desarrollo de esa noción nos desviarían del eje substancial de este estudio: el conflicto psíquico en términos del lugar que ocupa el superyó y su articulación con las diferentes instancias psíquicas.

En esta primera etapa es imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación y lo único que puede suponerse es que las investiduras

de objeto parten del Ello, que siente las aspiraciones eróticas como necesidades¹⁶.

Esto nos conduce a la génesis del ideal del yo, pues tras este se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal. A primera vista, no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una investidura directa e inmediata (no mediada), y más temprana que cualquier investidura de objeto. Empero, las elecciones de objeto que corresponden a los primeros períodos sexuales y atañen a padre y madre parecen tener su desenlace, si el ciclo es normal, en una identificación de esa clase, reforzando de ese modo la identificación primaria.

(Freud, 1979a, p. 33).

El Yo colabora en el proceso de investir al objeto y, por otra parte, tiende a defenderse de las cargas pulsionales que parten del Ello, reprimiéndolas. En un momento posterior, el Yo que de tener al objeto pasa a querer ser como él y captar, de esta forma, el amor del Ello, se ofrece a aquel en reemplazo del objeto, adoptando para esto las características que le son propias al objeto. El Yo, con este proceder, no solo erige en él al objeto perdido y así intenta eludir el sentimiento doloroso que le depara su pérdida, sino además domina al Ello y profundiza sus vínculos con él. Este proceso y su desenvolvimiento recibe el nombre de narcisismo secundario. Secundario, en la medida que implica el traslado de las catexias del objeto al Yo, sin anularlas. A la vez es la condición de un cambio económico en el psiquismo: conlleva una escisión en el Yo, producto de la identificación con el objeto. La pieza alterada del Yo, el Superyó, tiene un vínculo menos firme con la consciencia.

El carácter inconsciente del Superyó y de las identificaciones, parece ser el corolario de la ambivalencia en el encuentro o reencuentro posible con el objeto; en el que convergen deseos opuestos que se unen y contraponen, recibiendo la tutela del Yo, en forma de represión. Es en este sentido que el Superyó no es solo el residuo de las primeras elecciones de objeto, sino una enérgica formación reactiva frente a ellas.

¹⁶ Ibidem, p. 31

Las elecciones de diversa índole, sean éstas de pareja, profesión u otras diversas, tienen explícitamente una dirección y responden a un proyecto singular de un sujeto determinado. Pero mediante la reflexión freudiana podemos constatar que aquellos proyectos se adecuan a pautas que no son dictadas por la conciencia solamente, sino son impulsados por el desenvolvimiento de un mandato frente al que no hay opciones (determinismo). Por esta razón la búsqueda, la dirección, la meta a la que se proyecta el sujeto psíquico es sinuosa y, por principio, generadora de conflictos, en la medida que se tiene en el horizonte un Yo que busca integrar diversos aspectos que se encuentran escindidos, sin lograrlo a plenitud. Esta imagen parece responder a una intuición que hace del destino, tal como se lo trata en las tragedias de Sófocles, un proceso que es inmanente a la condición humana en tanto se halla la humana creatura anudada al inconsciente, en un juego de oposiciones en el que queda atrapado: una suerte de conciencia desgraciada.

El mundo, en su faz más cotidiana, muestra a la vez, en relación a lo actual, al momento que le es contemporáneo al sujeto, las formaciones culturales que le preexisten, la adscripción a la órbita de lo religioso, a las concepciones de mundo, a la ideología, desde la óptica de un momento histórico determinado; a la actualidad de determinadas ideas, a la situación socio-económica de los individuos inmersos en las urbes u otros lugares, etc. Si bien estos y algunos otros elementos pueden condicionar la manera en la que se establece la relación sujeto-mundo, cuestiones todas que apuntan a pensar en las características de un determinado Yo, haciendo que los procesos que referimos se constituyan en condiciones propicias o no, para que lo psíquico se organice y cuente con determinadas cualidades. La preeminencia de ciertas condiciones que hacen posible la constitución referida, es el marco que sostiene al psiquismo en formación. Cuestión ésta que no se va a tocar en el desarrollo de este trabajo.

El ordenamiento al que se aludía en párrafos anteriores, es fruto del juego de identificaciones que el niño ha realizado con los objetos significativos de su entorno.

(...) el objeto se ha perdido o ha sido resignado; después se lo vuelve a erigir en el interior del yo, y el yo se altera parcialmente según el modelo del objeto perdido.

(Freud, 1979d, p.107)

La autoridad parental es asumida por identificación y rige en el interior del psiquismo, vigilando al Yo e imputándole los impulsos del Ello. Aquel orden subjetivo legisla de tal forma que hace al sujeto a imagen y semejanza del objeto (padre o madre), normando en lo interno aquello que recibió como precepto desde lo externo. El Yo del sujeto ama al objeto y por eso quiere ser como él, actuar como él y tener lo que él tiene. Sin embargo, aquello que tiene el padre, la madre, es al mismo tiempo lo prohibido; lo que no puede tener el niño. La ley, así, se hace efectiva en su doble vertiente de prescribir y proscribir. Proscribe bajo amenaza los deseos incestuosos y advierte de su peligro.

El problema que enfrenta el vástago de Edipo se resuelve afirmando la identificación con el padre y trasladando a un futuro el dilema de poseer una mujer como la Madre. Es la prohibición del incesto lo que se ha consumado en el camino recorrido; es también un mérito de Eros el haber logrado sortear las vicisitudes antes expuestas, impulsando al sujeto a alcanzar una organización psíquica cada vez más compleja.

La pulsión de muerte, sin embargo, está, en su carácter de contrahaz de la pulsión de vida, presente en todas sus expresiones.

La transposición así cumplida de libido de objeto en libido narcisista conlleva, manifiestamente, una resignación de las metas sexuales, una desexualización y, por tanto, una suerte de sublimación.

(Freud, 1979a, p.32).

Es así como, en el momento en que el Yo recibe las catexias del Ello y se ubica como objeto de amor de aquel, las cargas de las que se apodera sufren una suerte de desexualización, en un proceso que Freud particulariza como sublimatorio, y que, en definitiva, conduce al Ello a resignar las metas sexuales; así, la pulsión de muerte se apodera de aquellas cargas des-erotizadas y las pone a su servicio.

Por otra parte, toda identificación, está marcada por la ambivalencia. Este hecho que *prima facie* resulta interesante, es pródigo, al mismo tiempo, en consecuencias: el objeto al que se dirige la agresión, el odio, es concomitantemente objeto de amor. La agresión que el objeto inspira se debe a que aquel impide que el psiquismo alcance su satisfacción plena (absoluta), en la descarga pulsional.

El padre o las figuras parentales, que aparecen re-presentadas en lo psíquico vía identificación (superyó), a las que ama el infante, impiden, al normar, la satisfacción incestuosa. El escenario de la lucha se muda a la interioridad de lo psíquico. Hay que tomar en cuenta, en este sentido, la amalgama entre el fin de la pulsión de muerte (descarga total), y la situación en la que el sujeto se halla inmerso: el Complejo de Edipo.

El impulso destructivo que antes se dirigía a un objeto externo e intentaba borrar todo tropiezo en su fin, hace suyo, en conjunción con la pulsión de vida, al objeto, por identificación. A la vez las catexias desexualizadas que alimentan al Superyó actúan como fuerzas prestadas a la pulsión de muerte y, de esta forma, aquella traslada el conflicto que en un inicio atañe al objeto externo, a la relación entre instancias. Es ahora el Yo el que impide, en su rol de mediador entre el Ello y la realidad, la satisfacción esperada; es él a quien inculpa el Superyó los deseos del Ello y se mantiene en acecho, vigilante. Pero, paradójicamente, es el Superyó ligado a la pulsión de muerte el más dispuesto a que el deseo, que mediante una formación reactiva objeta, se realice de forma absoluta.

La ley que es fruto del pasaje por el Edipo, lleva en sí la contradicción, que se expresa con más claridad en la patología. El código legal que el Superyó, como instancia moral representa, es en sí mismo problemático y marca la concurrencia de dos momentos necesarios y contradictorios.

III.- Freud y lo social: la superación de la dicotomía individuo-sociedad

¿De qué manera, en qué lugar, coloca Freud a lo social en sus desarrollos? ¿Cómo y a partir de qué piensa lo social Freud? ¿La idea de lo individual cómo entra en relación con la idea de lo social en lo desarrollado por Freud? ¿En la formalización freudiana, se vislumbra una perspectiva que aborda lo social desde las posibles maneras (discursos) desde lo que lo social se formula?

Las preguntas que motivan el capítulo y que se hallan implícitas en él, son las cuestiones que otorgan preeminencia al lugar que Freud da en su planteo a lo social y lo individual, cuestiones que se hallan presentes en el proceso de constitución del psiquismo. En este último sentido, fuera de una propuesta basada en la praxis psicoanalítica o en virtud de diversas posiciones psicológicas (desarrollistas o que apelan a lo evolutivo), al fundar la propuesta en una lógica argumentativa, la delimitación de lo individual demarca de manera concomitante

un espacio ajeno a la individualidad. Estos dos términos que aparecen, *prima facie*, en una posición antitética, se encuentran situados para el psicoanálisis en un nivel que los sitúa como voces correlativas. Así, la individualidad no es tal, sin que lo social tenga cabida como espacio de representación en la psiquis.

En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero más legítimo.

(Freud, S., 1979, p. 67)

El mundo y la apropiación del mismo, refieren a las condiciones en las que un sujeto psíquico se constituye, en virtud de que para que haya una representación de algo tiene necesariamente que haber un lugar en el que tal representación tenga cabida. Ese espacio, que puede ser definido como espacio mental o psíquico, no se halla presente como un ámbito establecido o concluido, sino *in fieri*. Es este último aspecto el que permite al sujeto en su individualidad, situarse de manera diferente, en los diferentes momentos de su vida, en función del devenir de su historia individual, al dotar de nuevos significados a su mundo subjetivo. Este proceso de historización y re-historización viene a ser la consecuencia de la noción de posterioridad. En este punto es fundamental ubicar que la interacción entre aquello que es representado y el lugar en el que la representación tiene cabida, permite que lo subjetivo incremente y desarrolle sus posibilidades. A la vez que es condición de ese proceso el juego que se establece entre un afuera y un adentro como límite que constituye y es constituyente de la subjetividad. Hay que añadir que en la referencia que hacemos, y que apela a un planteo que tiene su base en la psicología, el espacio que se constituye y es constituyente, generando un límite, toma como base la primacía del objeto en el curso de estructuración tanto de lo individual como de lo social. El objeto del que hablamos es definido en relación a lo pulsional. Pulsión y objeto van a ser el motor del desarrollo de lo psíquico, a la vez que la manera en que lo psíquico sitúa a lo social, como ámbito excéntrico a su perímetro y ajeno a la noción de unidad, de una instancia a la que se categoriza como Yo. Es una ilusión del Yo-conciencia, que al ser quien regula los intercambios y establece los límites internos y externos, requiere construir una imagen de unidad, así como escindir

aquello que no responda al armado de una aparente armonía que hace a la identidad subjetiva.

Hay una suerte de movimiento immanente a lo psíquico que no responde de forma automática, a cómo se reflejan las pautas de un grupo social y etario sobre el individuo, sino a la compleja urdimbre en la que las pautas, los límites, la cultura, se entrelazan estatuyendo un orden individual. Para situar estas cuestiones se hace una revisión de los postulados de la metapsicología en vista de las mediaciones entre aspectos como el de los ideales, lo normativo, el conflicto psíquico en su vertiente pulsional, lo psíquico y la propuesta de una segunda tópica. Todos estos aspectos pensados en función de la propuesta que toma en consideración que los determinismos psíquicos no se hallan supeditados a la idea de una conciencia que determina, sino que ésta es determinada por algo otro que le es extraño.

Partir de momentos constituyentes de lo psíquico permite pensar en los modos que el psiquismo se organiza. ¿Es el campo de lo social una base productiva que constituye a los sujetos humanos en sus raíces inconscientes más profundas? (Blanca Montevechio, 1999). Una consideración como esta haría pensar que uno de los vectores del desarrollo de lo psíquico, el principio de realidad, se halla organizado en el intrínseco desenvolvimiento de las prácticas dominantes y de las relaciones instituidas por la sociedad. También es admisible pensar, situándonos en el debate marxista de los años 60 e inicios de los 70, que:

El materialismo histórico demostró además que junto a ese aparato de leyes y organismos represivos se instala en cada uno de los individuos que entra en los procesos sociales una manera de pensar y de actuar, un proceso de representaciones y comportamientos congruente con lo que se espera de los individuos. Así se configura otra superestructura que impone la producción de las relaciones de producción en cada sujeto que interviene en los procesos sociales: es la instancia ideológica.

(Nestor Braunstein, 1982)

El interés que concita esta forma de plantear lo que corresponde a la estructuración de lo psíquico y al vínculo, que se piensa constitutivo, con lo social, va de la mano de la necesidad de establecer las mediaciones entre los

dos aspectos. Como consideración general resulta interesante y una atractiva propuesta. Pero, ¿cómo podemos entenderla, si apelamos al pensamiento freudiano? ¿Qué valor de verdad le otorgamos a una proposición como la enunciada? Así como no se considera a lo psíquico como una unidad, desde una vertiente de reflexión psicoanalítica, ¿podemos entender a lo social como algo homogéneo? ¿Una posición que aborde de manera general problemáticas como las referidas, al situar de manera genérica la relación individuo-sociedad, permite tener una intuición de lo que, valga la redundancia, es general? Se puede decir que sí, pero se exige un esfuerzo de precisión y el apelar a las mediaciones relativas al nexo individuo-sociedad para situar los diversos problemas, porque de lo contrario se limita y reduce de manera relevante el campo del que se busca dar cuenta. No es poco lo que se pide cuando se demanda una petición de principio. Un ejemplo: cuando nos preocupamos por categorizar lo social, ¿desde donde lo pensamos?, ¿cómo lo definimos?, ¿existe un solo constructo que englobe lo que se entiende por lo social? Algo parecido sucede con los conceptos psicoanalíticos. Un buen ejemplo de lo que se dice es el que señala Silvia Bleichmar (1986, p. 25), al poner en cuestión la manera en la que Maud Mannoni enfoca la clínica de niños. Si la patología infantil se constituye en un movimiento que parte del deseo de la madre, al considerar que el inconsciente es el deseo del Otro, entendemos que cuando la madre habla se puede encontrar en su discurso las claves de la producción sintomática del hijo. Estas ideas que son fundamentales para situar elementos de la constitución subjetiva a partir de la presencia de la relación materno filial, no permiten entender el inconsciente como un sistema intra-psíquico, tampoco se entiende a la sintomatología como el producto de una formación de compromiso, donde lo sintomático es producto del un conflicto entre instancias, donde se juegan aspectos ligados a las defensas, a la represión, etc. Exige esa consideración una redefinición de lo inconsciente, que en la formulación de Mannoni tendría tintes mecánicos, ya que el reflejo del deseo de la madre tendría como correlato el síntoma en el niño. Se deja escotomizado el despliegue de un inconsciente individual y la metabolización de contenidos psíquicos (historia infantil, vicisitudes libidinales, las posibilidades de simbolización del niño, las formas en las que la sublimación sortea el conflicto, etc.), que dan cuenta que entre el deseo de la madre y el inconsciente del niño no existe continuidad. Se abandona en Mannoni una noción de inconsciente de

inspiración freudiana, sin que esto quede expuesto de manera manifiesta. De ahí que, ¿estamos de acuerdo con una formulación única de la categoría de inconsciente en psicoanálisis? ¿Cuando hablamos de proceso y de trabajo del psicoanálisis, estamos de acuerdo todos los psicoanalistas?

Ahora bien, si abordamos el problema de cómo lo externo se torna interno, debemos primero centrarnos en dilucidar si en un inicio existen nociones de interno o externo, en primer lugar. Por otra parte, ¿lo que es externo a una individualidad es asimilable a lo social necesariamente? Si reparamos en este aspecto, ¿qué entendemos por lo social en psicoanálisis propiamente? ¿Se puede considerar, que en el proceso de individuación, en donde el otro se incluye como sujeto, como enemigo, como modelo o como auxiliar, se demarcan, a la vez, los límites de lo que se considera como lo social para Freud?

La dirección elegida señala un ámbito de cuestiones que refieren, por un lado, a la manera en que se estructura lo psíquico y, por otro lado, la propuesta de un psiquismo en el que las relaciones de objeto tienen un lugar de privilegio. Hay que advertir, sin embargo, que el término de relación de objeto en el marco referencial de Freud, es una idea que viene acotada, debido a que pone el énfasis más en el sujeto que en el objeto de la pulsión, en tanto tal. La otredad del otro, utilizando una expresión ajena al campo freudiano, no entra en consideración, sino su posibilidad potencial para llevar a cabo el fin de la pulsión: la satisfacción del deseo. El lugar del objeto, previo a un proceso de sujetación, mediante el pasaje por el Complejo de Edipo, se enmarca en esa particular dinámica en vista del fin de la pulsión. Sin embargo, cabe plantearse la cuestión que apela a la formación de los ideales, donde el Yo busca no solo al objeto como vehículo de la satisfacción, sino como objeto de amor, en la medida que la ipseidad se configura por el valor que el objeto da al yo, en términos de una vivencia erógena. En este sentido se halla en ciernes la conflictiva edípica en el camino del proceso de constitución de la subjetividad.

Desde una posición psicológica hay que tomar en consideración que la relación con el objeto no se da de la misma manera en los inicios de lo psíquico, en los primeros años, en la adolescencia o en la adultez. Las condiciones de estructuración de lo psíquico varían, a la vez que los objetos y la dinámica desde la que la relación se pone en juego tampoco es la misma. Cuando se hace alusión

al término relación de objeto, hay que mirar al contexto en que tal noción se pone en juego. Puede ser una expresión que alude a un momento de la organización libidinal, ergo: relación de objeto oral, en virtud de las fases de organización de la libido, donde el objeto de la pulsión tiene un carácter parcial; se puede referir a un tipo determinado de relación de objeto relativo a una organización psicopatológica, como: relación de objeto melancólica (Laplanche, 1983), o a la especial posición objetal en la histeria, la neurosis obsesiva y la parafrenia en el caso de Schreber.

También se utilizan términos como elección de objeto o objeto de amor, que deben ser esclarecidos en el contexto en el que surgen, y donde lo que califica al objeto tiene que ver con la dirección a la que apunta la pulsión. Esto, que se formula así, no quita el atributo de sujeto del objeto, sino que señala una dirección de la pulsión, de donde se deriva que los términos utilizados están relacionados a la orbita de las vicisitudes del principio del placer.

La estructura psíquica parte de un momento inaugural, en un sujeto en estructuración, a partir de lo cual se sitúa como excéntrico de un algo externo. Esto que formulado así resulta esquemático, permitirá vislumbrar el género de relaciones y la complejidad que posee la organización de lo psíquico. Se decía que se puede situar un momento inaugural, vía represión primordial, de un psiquismo. Antes, se puede situar un conjunto de sensaciones no integradas por una organización neuronal y fisiológica, donde lo psíquico viene a jugar un rol integrador, junto a un proceso de maduración neurológica. Las sensaciones placenteras y dis-placenteras, vinculadas con las vicisitudes del cuidado de un neonato, se organizan con el carácter de una primera representación de sí: todo lo placentero se constituye en un Yo que integra la experiencia vs un no yo ligado al displacer. Esta diferencia precaria se constituye en un primer movimiento psíquico al que Freud le da el nombre de Yo del placer purificado (Pulsiones y destinos de pulsión). Hay que tomar en cuenta que el principio del placer es el rector de la vida psíquica.

En el sentido referido, lo placentero es Yo y aquello que es dis-placentero no-Yo. La diferenciación que logra lo psíquico es una diferenciación indiferenciada. ¿Qué se quiere decir con esto?, que aquello que define como externo ese psiquismo en estructuración, puede ser parte del cuerpo del propio niño. O lo

que tiene la categoría de Yo puede ser una parte del cuerpo de la madre. El instante que se elige la vía del placer como constitutiva de una noción de sí, se establece una rudimentaria noción de realidad. Se opone un principio del placer a un principio de realidad. El momento fundante de lo psíquico, la represión primordial u originaria, marca de manea concomitante, una fisura en lo psíquico que escinde lo consciente de lo inconsciente, en función de lo que se denomina el apremio de la vida. Es así que algo de lo placentero debe quedar al margen para que el psiquismo se preserve.

El mecanismo de la represión se considera fundante de lo psíquico, a la vez que la piedra angular del psicoanálisis freudiano. A partir de esta base podemos establecer el desarrollo de un psiquismo que incorpora otros rendimientos psíquicos. En términos de lo que se propone este trabajo, el superyó condensa la relación con lo social de manera sustantiva.

Abstract

This essay aims to locate a series of issues related to psychoanalysis, which review metapsychological issues related to psychic conflict in the constitution of the Super-ego, as an axis of the psychic and as a nodal aspect of subjectivity. Through this articulating aspect, a link is established between the social and an individuality inhabited by the other. The other who does not become a full alterity, but rather a structuring one, to the extent that it creates the bases as conditions of possibility for the constitution of the subjective order. The aspects indicated in this work do not reach full development, but are organized in a deictic way, pointing out the problems of what is glimpsed.

Bibliografía

Braunstein, Nestor, *Psicología Ideología y ciencia*, Mexico, 1982

Bleichmar, Silvia, *En los orígenes del sujeto psíquico del mito a la historia*, Ed. Amorrortu, 1986

Diccionario de la Lengua Española, Madrid, Ed. Real Academia Española, T. III, Vigésima segunda edición, 2002

- Freud, Sigmund, (1986a), *Las neuropsicosis de defensa*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1986
- Freud, Sigmund, (1980), *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente (1911 [1910])*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Freud, Sigmund, (1979c), *Introducción del Narcisismo*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu
- Freud, Sigmund, (1979e), *Pulsiones y Destinos de Pulsión*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu
- Freud, Sigmund, (1979d), *Psicología de las masas y análisis del yo*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Freud, Sigmund, (1979a), *El Yo y el Ello*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu
- Freud, Sigmund, (1979b), *Resistencias al Psicoanálisis*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Freud, Sigmund, (1986b), *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Freud, Sigmund, (1986c), *Proyecto de psicología*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Laplanche, J., Pontalis, J-B, (1983), *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Ed. Labor.
- Laplanche, J., (1973), *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Nietzsche, Friedrich, *Genealogía de la moral*, Madrid, Ed. Alianza Editorial, 1988.
- Montevechio, Blanca, *Las nuevas fronteras del psicoanálisis*, Buenos Aires, Lumen, 1999.